
LICENCIA POÉTICA

Revista temática de poesía



JOSÉ LUIS
HIDALGO

El alzheimer
de Dios

LICENCIA POÉTICA
REVISTA TEMÁTICA DE POESÍA

L I C E N C I A P O É T I C A

Una publicación de ARS POETICA

© 2019 ENTREACACIAS, S.L.
[Sociedad editora]

c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo | Asturias
(ESPAÑA)

Tel. (centralita): (34) 984 300 233

WhatsApp: (34) 658 896 003

www.arspoetica.es

info@arspoetica.es
pedidos@arspoetica.es
admin@arspoetica.es
comunicacion@arspoetica.es

ISSN
2531-2626

DEPÓSITO LEGAL
AS 03729-2017

IMPRIME
PODIPRINT

© *Reservados todos los derechos*

ARS POETICA no se adhiere necesariamente a las
opiniones expresadas por sus colaboradores, de las que
ellos son únicos responsables.

€

PVP
14 euros

SUSCRIPCIÓN ANUAL
44 € (España)
64 € (resto de Europa)

N.º 8
EQUINOCCIO DE OTOÑO
2019

DIRECTOR EDITORIAL
Iliá Galán

DIRECTOR
José Manuel Suárez

DIRECTOR GERENTE
Ignacio Méndez-Trelles Díaz

DISEÑO EDITORIAL
Oliver Méndez-Trelles Pattist

PEDIDOS/ADMINISTRACIÓN
Marta Tejedor

ENSAYISTAS
Ángel Luis Prieta de Paula
Carlos Alcorta
Emilio Quintana Pareja
José Antonio Llera
Leopoldo Sánchez Torres
Luis Alberto Salcines
Rafael Fombellida
Rafael Morales Barba



EN ESTE NÚMERO

EDITORIAL, 5

José Luis Hidalgo
El alzheimer de Dios
Mística del Gólgota

José Luis Hidalgo - Aurelio García Cantalapiedra, 11
Constancia de una amistad
Por Carlos Alcorta

José Luis Hidalgo: la muerte a la luz de la vida, 25
Por Ángel Luis Prieto de Paula

Gravedad y gravidez de José Luis Hidalgo, 41
Por Leopoldo Sánchez Torres

José Luis Hidalgo desde la titología, 55
Por Rafael Morales Barba

Dos apuntes sobre bibliografía hidalguiana, 71
Por Rafael Fombellida

José Luis Hidalgo, pintor, 85
Por Luis Alberto Salcines

La memoria de los muertos en la poesía española de posguerra, 105
Por José Antonio Llera

Hidalgo y el canon de la poesía española del siglo XX a través de las
antologías en sueco (1959-1963), 115
Por Emilio Quintana Pareja

Literatura y arte, dos artículos de José Luis Hidalgo, 125

Hidalgo, poeta místico. Una interpretación, 133
Por José Manuel Suárez



EDITORIAL

José Manuel Suárez

JOSÉ LUIS HIDALGO

El alzheimer de Dios Mística del Gólgota

Se celebra en este año el centenario del nacimiento de José Luis Hidalgo (Torre, Torrelavega, 1919-Madrid, 1947). Dedicamos en su honor este número de *Licencia poética* a su obra y su vida, con el deseo de colaborar a que vuelva a tener alguna presencia en la poesía actual. Un deseo no fácil de cumplirse, dadas las características de su obra y las de nuestro tiempo. Por un solo libro, *Los muertos*, es, para mí, autor mayor y muy valiente de la poesía española del pasado siglo. Que hable el corazón.

Quien sufre mortalmente, crucificado por su mal, un día un otro lanzará un gran grito en su Gólgota: «Señor, ¿por qué me has abandonado?». Los modos de gritar son infinitos. Quien sufre mortalmente soporta en propia carne el alzheimer de Dios. *Los muertos* es un libro de poesía mística. Su autor, un místico del Gólgota.

En las últimas páginas publico un texto en que expongo con detalle, desde mis posiciones filosóficas, no literarias, una visión personal del poeta. No es ni remotamente crítica literaria sino un simple camino de pensamiento tras la huella de las preguntas que a Hidalgo inquietaban. Mi apasionamiento y fervor por el poeta están a la vista desde la primera línea. Digo allí que no conozco ningún poeta con más verdad que José Luis Hidalgo. Lo digo muy consciente de lo exagerado que es una afirmación tan rotunda. Su ser y su mundo le pusieron en una realidad ante la que se planteó las más radicales preguntas. Y todas sin respuesta. De ahí el enorme dramatismo

de su poesía. Una poesía hondamente ontológico-metafísica, sobrecogedoramente religiosa y turbadoramente mística. Todo en grado extremo y, me atrevería a decir, único.

Y ya al final me confieso: José Luis Hidalgo entró en mi vida hace ya muchos años. Empezaba yo a tener algún interés por la poesía, curiosidad más bien, por influencia, como suele pasar, de un buen profesor. Gracias, don Raúl. En una pequeña librería de Oviedo encuentro *Los muertos* en la hoy ya vieja edición de Taurus de 1966, entonces reciente todavía pues debió de ser muy pocos años después. Recuerdo borrosamente que me llamó la atención el título. Tan duro, tan directo; un tiro al alma. Abro el libro, leo al azar algunos pocos versos, quizá solo una estrofa. El impacto sobre mí fue fulminante.

Nuestro homenaje se apoya en valiosas colaboraciones, variadas en sus planteamientos y puntos de vista. A Carlos Alcorta, codirector del Aula Poética José Luis Hidalgo, de Torrelavega, poeta, editor y crítico li-

terario de amplia obra y reconocido criterio, debemos y agradecemos la estructura principal del número. También es autor del primer trabajo, una detallada biografía de Hidalgo desde la entrañable amistad que le unió a Aurelio García Cantalapiedra, que a lo largo de muchos años desarrolló en Cantabria una intensa actividad cultural. «Fue un valedor impagable de la obra del poeta y su mayor exégeta». «El archivo sobre Hidalgo que atesoró Aurelio García Cantalapiedra, a lo largo de los años —escribe Alcorta—, no se estancó con la muerte del poeta. Con fidelidad propia del amigo y del exégeta, Cantalapiedra coleccionó cuanto artículo, libro o documento encontraba sobre el poeta. Recopiló cartas, poemas manuscritos, cuadernos, óleos y dibujos y los sucesivos estudios que sobre su obra han ido apareciendo. No existe mejor base de datos para profundizar tanto en la vida como en la obra que este archivo».

Ángel Luis Prieto de Paula, prestigioso crítico y catedrático de la Uni-

versidad de Alicante, escribe un artículo de sugerente título («La muerte a la luz de la vida»). Son suyas estas acertadas consideraciones: «La guerra fue el estímulo que actualizó una preocupación filosófica presente en toda su poesía, pero la concreción de este sustrato filosófico en una obra de argumento cerrado y circular no debe sin más achacarse a la guerra [...]. No creo, en fin, que una propensión meditativa haya de estar ciegamente motivada por la biografía; pero esta sí puede potenciar la orientación natural de un determinado psiquismo. Así debió de ocurrir con José Luis Hidalgo, quien hubo de mirar a los ojos de la muerte con intensa y asidua familiaridad: huérfano de madre en 1929 —una ausencia que siempre iba a llevar consigo—, estallido de la guerra civil, soldado en los frentes de Extremadura y Andalucía, censador de muertos en combate en 1939, enfermedad terminal en plena juventud».

Leopoldo Sánchez Torres, profesor de la Universidad de Oviedo, resu-

me así su visión del libro de Hidalgo: «En *Los muertos* Hidalgo entabla un diálogo muy personal con el pasado y el presente poéticos para dar cuerpo a una vigorosa poesía meditativa, honda y sosegada, en la que las distintas capas que forman su corteza, como los variados acordes que suenan en su interior, se muestran debidamente empastadas. Y ese empaste se afirma sobre una red de redundancias que ordena una tupida tela expresiva e imaginativa: una adjetivación reducida, aunque precisa (con una clara predisposición a establecer campos cromáticos significantes); una limitada gama de símbolos (el árbol, la piedra, los pájaros, los astros, la tierra, el mar...) que cobran fuerza no por su novedad, sino por el ímpetu de la reiteración; una tersa indumentaria rítmica, que concuerda con el sereno discurrir del pensamiento y la templanza del protagonista lírico».

Otros trabajos abordan distintos aspectos de la obra de Hidalgo: los títulos (Rafael Morales, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid); la bibliografía hidalguiana más reciente (Rafael Fombellida, poeta y corresponsable del Aula Poética José Luis Hidalgo); la obra pictórica del poeta (Luis Alberto Salcines, profesor y comisario de exposiciones); la memoria de los muertos en la poesía española de posguerra (José Antonio Llera, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid); Hidalgo en Suecia (Emilio Quintana Pareja, poeta, profesor y crítico literario). El número se completa con dos significativos textos del poeta, sobre literatura y sobre pintura, sus dos pasiones como creador, ambos publicados en 1945: «El sentido religioso en la obra de Gabriela Mistral» y «Solana, el torpe».Δ



LLEGA LA NOCHE

Señor, si Tú me dejas, me moriré contigo,
pisando largamente la tierra en que te aguardo.
Me iré entre los jirones de esa divina herida
por la que, a borbotones, nos vamos desangrando.

Nada, nada me queda. Apenas sobre el cuerpo
tengo un poco de vida, si es que el vivir es algo,
y mis ojos se abren a tu celeste brillo,
donde, como en un agua, te siento reflejado.

¡Qué rojo estás, Dios mío! Dentro de mí te siento,
como una savia ardiente, como un inmenso pájaro;
como si atardeciére, por Ti voy hacia todo,
me pierdo en esa sangre celeste de tu ocaso.

Morir, morir... Acércate. La noche nos apresa,
con su espesa dulzura tendida sobre el campo.
Señor, nos hemos muerto sobre la tierra negra.
Señor, ya eternamente nos hemos acabado.



Carlos Alcorta (Cantabria, 1959) es poeta, crítico y gestor cultural. Codirigió la colección de poesía *Scriptom* desde 1985 hasta 1991, y desde 1997 hasta 2007 la revista de literatura *Ultramar* y las colecciones de cuadernos poéticos *El Astillero* y *Travesías*.

Actualmente es responsable de las Veladas Poéticas de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander y codirector de las actividades del Aula Poética José Luis Hidalgo. Dirige Septentrión Ediciones y la editorial Libros del Aire. Mantiene un blog de traducción y crítica: carlosalcorta.wordpress.com

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Lusitania* (1988), *Cuestiones Personales* (1997), *Compás de Espera* (2001), *Trama* (2003), *Corriente Subterránea* (2003), *Sutura* (2007), *Sol de Resurrección* (2009), *Ejes cardinales. Poemas escogidos 1997-2012* (2014) y *Ahora es la noche* (2015).

Es autor, además, del libro en prosa *Vistas y panoramas* (Eclipsados, 2103), del ensayo *Casa sin puertas* (Septentrión ediciones, 2017) y de la antología de poesía joven *El hilo más firme* (Septentrión Ediciones). Ha obtenido premios como el Ángel González, el Alegría/José Hierro, el Hermanos Argensola o el José Luis Hidalgo y ha sido accésit de los premios Fray Luis de León, Ciudad de Salamanca o de los Premios del Tren/ Antonio Machado.

JOSÉ LUIS HIDALGO
AURELIO GARCÍA CANTALAPIEDRA

Constancia de
Una amistad

Por Carlos Alcorta

«Todos los amigos de José Luis hemos conservado sus cartas y papeles. Hasta los más desordenados hemos sentido la necesidad de guardar todo lo que poseíamos relacionado con él. Así, se ha podido escribir en estos años sobre Hidalgo con un latido muy claro, procedente de su misma persona. Tenemos en nuestras manos una parte caliente de su vida. Cuando nuestra mirada se posa sobre los renglones manuscritos de una carta o sobre un autógrafo de sus poemas, sentimos el escalofrío que produce la realidad, que nos sacude y nos sitúa en el verdadero lugar: aquel papel fue escrito por una mano que no existe ya. No acabamos de recibir esta carta en el correo de hoy y está esperando su autor nuestra contestación. No. Todo lo que se prolongue desde este documento, tendrá que ser cosa nuestra; somos nosotros, sus amigos, sus admiradores, los que sienten el gozo de sus poemas, todos, los que hemos de dar lugar a que sigan viviendo y que pasen a conocimiento de otras generaciones.»

Estas palabras están entresacadas del libro *Cuatro amigos* (los otros tres amigos eran el poeta Jesús Cancio y los escultores Jesús Otero y Mauro Muriedas), que Aurelio García Cantalapiedra editó, en edición no venal, en 1969 —en el año 2015 lo reeditó la colección *Torre de la Vega* del Aula Poética José Luis Hidalgo con un prólogo a cargo de Rafael Fombellida y de Carlos Alcorta— y, con ser absolutamente ciertas, obvian un detalle, a mi parecer, de enorme relevancia. Fue el propio García Cantalapiedra el amigo que, con el paso del tiempo, se convirtió en el receptor de una gran parte de los documentos, objetos, libros o cuadros que estaban desperdigados por los respectivos domicilios de los amigos más directos del poeta, radicados a la sazón, fundamentalmente, en Valencia, Santander y su ciudad natal, Torrelavega, lugar de nacimiento tanto de Hidalgo como de García Cantalapiedra. Fue él, con una perseverancia digna de elogio, quien dedicó una gran parte de su labor como investigador a estudiar la vida y la obra de su amigo poeta.

I

Aurelio García Cantalapiedra, Pity, como sus amigos le llamaban, nació, como hemos dicho, en Torrelavega en 1919, el mismo año en el que nació José Luis Hidalgo. Se cumple, por tanto, este año, el centenario de su nacimiento —también, por cierto, el de otros de nuestros poetas más eminentes: Vicente Gaos, Rafael Morales y Julio Garcés—. Se hicieron amigos muy pronto, en la adolescencia, y los avatares del destino provocaron

que, debido a la temprana muerte del poeta —sin llegar a cumplir los 28 años, en 1947—, Cantalapiedra se convirtiera en un valedor impagable de su obra y en su mayor exégeta. Pero la intensa actividad cultural que Cantalapiedra desarrolló durante su larga vida no se reduce, por fortuna, a la exégesis de José Luis Hidalgo. Fue, entre otras cosas, el *alma mater* de la colección poética *Tito Hombre* (1951-1954), colección que surgió de una tertulia literaria, la de los altos del Bar Trueba de Santander en la que participaban José Hierro, Víctor F. Corujedo y Pity. El curioso título procedía de un dibujo infantil hecho por el entonces niño José Luis García Soto (hijo mayor de Pity), titulado así por su autor, y que pasó a ser el logotipo de la colección o de Ediciones Cantalapiedra (1954-1959), en la cual se publicaron títulos de referencia en la poesía española de la segunda mitad del siglo pasado, como *Pido la paz y la palabra*, de Blas de Otero; *Metropolitano*, el primer libro de Carlos Barral; *Conjureros*, de Claudio Rodríguez o la segunda edición de *Los muertos*, de Hidalgo.

Desde 1971 hasta 1988 dirigió la revista *Peña Labra*, una de las revistas poéticas más importantes y mejor cuidadas de cuantas se publicaban en aquellos años en nuestro país, que dedicó números monográficos a poetas como Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz, Gerardo Diego, León Felipe o Vicente Aleixandre, y en la que no podía faltar, por supuesto, un número especial dedicado a su amigo José Luis Hidalgo. Además de esta intensa labor editorial, García Can-

talapiedra escribió algunos libros que fueron, y continúan siendo, referencia obligada para quienes investigan en la figura y la obra de Hidalgo, así como en el periodo que va desde la inmediata posguerra hasta finales de los años 80. Investigó también de forma concienzuda sobre la ciudad que le vio nacer. Fruto de esas investigaciones surgieron libros como *Torrelavega en el siglo XIX*, o *Torrelavega: de Historia, Literatura y Arte*. La Biblioteca Popular de la ciudad también fue objeto de sus estudios, estudios que se vieron reflejados en el libro *La Biblioteca Popular de Torrelavega*. En 1981 se hace cargo de las actividades de la recién creada Fundación Santillana, en Santillana del Mar. En la Torre de Don Borja, la sede de la Fundación, organizó numerosas exposiciones de arte, de geografía, de etnografía e historia que profundizaron en la idiosincrasia y en la cultura de nuestra región, al mismo tiempo que brindaban la oportunidad de abrir nuevas perspectivas de conocimiento del arte y la cultura de otros ámbitos geográficos.

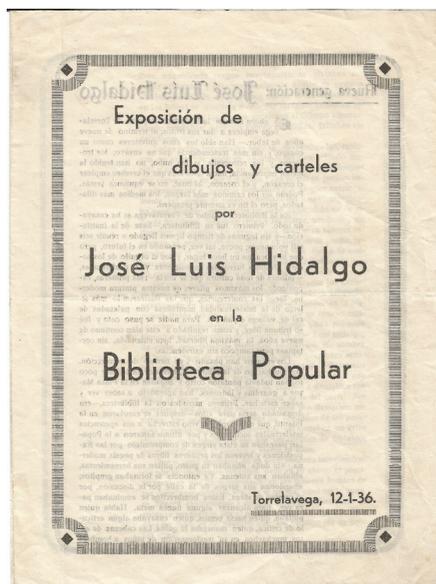
Entre sus méritos, podemos anotar que fue distinguido como «Montañés

del año» por el Ateneo de Santander. Por otra parte, el grupo de opinión Quercus de Torrelavega lo nombró «Torrelaveguense ilustre». Además, en 1997 el Ayuntamiento de Torrelavega le otorgó el título de «Cronista Oficial de la Ciudad de Torrelavega». Magíster Senior Honoris Causa y Personalidad del año de la Cultura de Torrelavega, En 2006 el ayuntamiento le concede la Medalla de Oro de la ciudad.

Todos ellos, justos reconocimientos a quien dedicó su vida a preservar la obra de los demás. Si nos viéramos obligados a resaltar una cualidad por encima de otras, esta sería su humildad, una humildad que siempre estuvo acompañada de la generosidad y de la perseverancia y el rigor en todos los proyectos en los que se embarcó a lo

largo de los años. El ayuntamiento de Torrelavega decretó dos días de luto con motivo del fallecimiento de Aurelio García Cantalapiedra a los noventa años edad, el 14 de enero de 2010.

En el año 1984, Manuel Teira escribió el prólogo al libro *La Biblioteca Popular de Torrelavega (1927-193)*, de García Cantalapiedra, del que extraemos este fragmento que por sí solo basta para



justificar los motivos que nos han llevado a reivindicar la amistad que le unió a Hidalgo y, al mismo tiempo, rendir tributo de admiración a quien dedicó tantas horas de su vida a la obra ajena: «Tenemos la fortuna –escribió Teira– de contar en nuestra comunidad con una de esas personas, que a su gran memoria personal, une la memoria de su rico archivo documental (papeles, libros, cartas, folletos, periódicos), lleno de recuerdos y de incitaciones. Aurelio García Cantalapiedra, Pity, a partir de esa memoria personal y esa memoria documental, y con sus dotes, su entusiasmo, su amor al pueblo, su trabajo incansable y su preparación intelectual, poco a poco nos va dando sus trabajos, vívidos retazos, unas veces, el cómo y el cuándo, otras, de nuestra historia pasada». Cantalapiedra atesoró durante su larga y fecunda vida un portentoso archivo documental, bibliográfico y fotográfico del que en el Centro Nacional de Fotografía se exhibió en 2018 la parte referida a José Luis Hidalgo, que hoy custodian su hijo José Luis García y su nieta, Ana García. Este archivo está integrado por libros de y sobre Hidalgo –entre ellos, cómo no, los escritos por el propio Aurelio García Cantalapiedra–, por revistas, cartas, artículos de prensa, fotografías, catálogos de exposiciones, dibujos y pinturas y otros documentos de interés excepcional como la partida de nacimiento del poeta o la copia de su alistamiento. Dada la envergadura de lo atesorado, solo se pudo exponer una parte, eso sí, la más relevante desde el punto de vista documental y literario.

II

«Yo entré en la adolescencia junto a José Luis Hidalgo», escribe Cantalapiedra en *Tiempo y vida de José Luis Hidalgo*, la más exhaustiva biografía del poeta que, necesariamente, seguiremos para trazar este recorrido fraternal. Ambos amigos coincidieron estudiando en la Escuela Nacional del Oeste, de Torrelavega, cuando tenían entre ocho y diez años: «Era Hidalgo –escribe Cantalapiedra– ya un muchacho cuya peculiar característica de maneras le hacía distinguirse de los demás; inteligente y apuntando una singular personalidad». Ángel Laguillo de la Fuente, otro buen amigo de Hidalgo –este le dedicó un poema que finaliza con estos versos: «Gracias por todo, gracias / querido amigo, Ángel, / pero no puedo, no puedo / salir al aire»– condiscípulo también en las Escuelas del Oeste, suscribiría estas palabras en conversaciones privadas, como lo demuestra, sin ningún género de dudas –tal era la influencia que ejercía–, el hecho de que participara en un «cuaderno literario de contenido misceláneo, integrado por dibujos, caricaturas, historietas, artículos y poesía, bautizado con el nombre de *Lunes*, día en que aparecía el semanario», que Hidalgo componía por aquellos años y del que no queda, lamentablemente, rastro físico alguno y, también, el que, muchos años después, dedicara a su joven amigo fallecido de forma tan trágica el poema «Mensaje», del que transcribimos la segunda estrofa: «José Luis, buen amigo, / como yo siempre he de llamarte: / Hay un triunfo de senos que palpitan, / hay

muchachos y mares, / adolescencia en los almendros / y curvas en cántaros». Motivos familiares le obligan a trasladarse a Santander. Su madre había muerto en abril de 1929 y su padre lo envió meses después a pasar temporadas con sus tíos en la capital de la provincia. Allí hará nuevas amistades, como es el caso de Julio Maruri, Leopoldo Rodríguez Alcalde, que será determinantes en su desarrollo como poeta.

Cuando finalizan los estudios en la escuela primaria pierden momentáneamente el contacto. García Cantalapiedra se matricula en el Instituto de Enseñanza Media y no consta que Hidalgo lo hiciera, a pesar de que investigadoras como Obdulia Guerrero y María Romano Colangeli lo dan por hecho, pero una fuente directa, su amigo Laguillo, afirma lo contrario en una conversación mantenida con Cantalapiedra: «No. Ni él ni yo estudiamos el bachillerato; ni siquiera lo empezó». El contacto entre ambos amigos se reanuda en la Biblioteca Popular de Torrelavega, alrededor del año 1934. «En este ambiente — escribe Aurelio García Cantalapiedra — transcurrieron los primeros años de la adolescencia de José Luis Hidalgo.

Frecuentaba la biblioteca de siete a nueve de la tarde, que eran las horas en que permanecía abierta». Allí pudo Hidalgo consolidar amistades que compartían sus mismos intereses estéticos, los pintores Ricardo Bernardo y Eduardo López Pisano (de quien podemos contemplar una exposición permanente en la sede de la Casa de Cultura de Torrelavega, gracias a la donación de la familia

de René Licoys), los escultores Jesús Otero y Mauro Muriedas, el citado poeta Ángel Laguillo, etc. Pudo también disfrutar de la nutrida biblioteca que albergaban sus paredes.

Entre los libros a los que tuvo acceso se encuentran muchos de los poetas de la generación del 27, como Aleixandre, Gerardo Diego o el Rafael Alberti de *Sobre los ángeles*, pero es muy posible que el libro que más le influyó fuera la antología *Poesía española. Antología 1915-1931*, que Gerardo Diego publicó en 1932, un extraordinario compendio de la mejor poesía que se escribía en el primer tercio del siglo XX en España. Cantalapiedra conservó las fichas en las que consta la relación de los libros que Hidalgo leyó en dicha biblioteca; en ellas podemos verificar la diversidad de sus intereses, diversidad que abarcaba, además de la poesía, la filosofía, el arte, los ensayos críticos, la historia o la ciencia.

1934 es también el año en que Hidalgo publica su primer texto. Fue el 12 de agosto en el semanario torrelaveguense *El Impulsor*, fundado en 1873 y clausurado durante la contienda que se desató a partir del 18 de julio de 1936, y se tituló «Dos ideas», dedicado a un poeta romántico local, Luis Cañas, hoy en el más absoluto olvido. «Hidalgo — nos informa Cantalapiedra — era todavía alumno de la Escuela del Oeste, donde cursaba la enseñanza primaria». En este semanario publicaría también su primer poema, titulado «Noche», en julio de 1935, con una dedicatoria a José María Cañas, hermano de Luis, y también poeta.

Durante los años previos a la guerra civil, Hidalgo continúa pintando, dibujando y escribiendo. En enero de 1936 realiza su primera exposición individual en la Biblioteca Popular. Expone carteles y dibujos (un cartel suyo sirvió como propaganda para el Frente Popular en las elecciones de febrero de ese mismo año). Su actividad es febril, «lee infatigablemente». Ambos amigos se embarcan en un proyecto común, el de preparar una antología contemporánea, fruto, suponemos, de las lecturas que realizan en la Biblioteca Popular, que, sin embargo, se traspapeló sin estar concluida: «Yo copiaba —escribe García Cantalapiedra— los textos a máquina y él los ilustra».

Los primeros meses de la contienda no son especialmente duros, aunque comienzan a notarse las restricciones y el deterioro en el abastecimiento de alimentos, así como el de materias primas que paralizan la economía y se convierten en problemas cotidianos. El grupo de amigos, entre los que se encuentran Aurelio y José Luis, empieza a tomar conciencia de la gravedad del momento: «Intervenimos —escribe García Cantalapiedra— en la construcción de refugios antiaéreos y de un aeródromo en Torrelavega: Hidalgo y yo, armados de picos y palas, fuimos compañeros de trabajo». La grave situación social y el recrudecimiento bélico no impiden, sin embargo, que Hidalgo continúe con su labor creativa, algo de importancia vital para quien necesita expresar su visión descarnada sobre la realidad. En esa época aparecen fechados algunos poe-

mas de *Raíz*, libro que verá la luz unos años después, en 1944.

Hidalgo pasa los últimos meses de 1937 en Santander, en casa de sus tíos. En los meses finales del curso 1936/37, impartirá clases de dibujo en el Instituto de Torrelavega sustituyendo el titular de la cátedra, el pintor Ricardo Bernardo, que había caído enfermo. «Por gestiones mías —escribe Cantalapiedra— desde la FUE con el comisario director del centro, que entonces era Enrique Noreña, se encargó Hidalgo de las clases hasta terminar el curso». En Santander será donde consolide su amistad con otro gran poeta, José Hierro: «Con José Luis Hidalgo empezaron mis primeras tentativas de tomar en serio la poesía» —comenta Hierro en una entrevista de *El Diario Montañés* realizada el 8 de marzo de 1970, a la que hace mención García Cantalapiedra. Será también ese año de 1937, concretamente en septiembre, cuando escriba unas *Canciones para niños*, subtituladas «Nanas», de las que envió a García Cantalapiedra una copia autógrafa. Es un libro extraño dentro de la obra de Hidalgo, aún más si tenemos en cuenta la tragedia que estaba viviendo el pueblo español en la época en la que las escribió. Podemos especular con la posibilidad de que las escribiera como una forma de evasión ante una realidad tan trágica, pero nunca conoceremos las verdaderas razones.

La guerra fratricida distancia a los dos amigos de nuevo. El primero en ser movilizado es Aurelio García Cantalapiedra. En enero de 1938 se encuentra en Vitoria. Unos meses más tarde —en

abril—, Hidalgo ya está en Pamplona. «El mismo mes de abril — escribe García Cantalapiedra— me enviaba José Luis desde el cuartel unas décimas, algunas de las cuales incluyó después en un grupo de composiciones agrupadas bajo el título de *10 poemas junto al mar*», en cuya última página Hidalgo enumera los libros que ha escrito hasta entonces: *Poesías* (1936), *Las luces asesinadas y otros poemas* (1936), *Mensaje hasta el aire* (1938) y *Ciudad* (1938). Sucesivos destinos complican la relación amistosa, aunque las cartas frecuentes alivian la necesidad de saber el uno del otro. De Pamplona se traslada Hidalgo a la provincia de Córdoba: «En este tranquilo frente, sin apuros bélicos, pasó Hidalgo los meses que transcurrieron hasta el final de la guerra», escribe García Cantalapiedra. Pese a esa aparente tranquilidad, Hidalgo padece una sequía creadora que será ir á atenuando con el paso del tiempo. Es posible que la aceptación emocional de las penosas circunstancias a las que se ve sometida esta joven generación fuera dando paso a la necesidad de dejar por escrito las experiencias que estaba viviendo.

En marzo de 1939 regresa a Santander. Fue una estancia breve, pero intensísima en la que le da tiempo a preparar un pequeño cuaderno con poemas propios y de José Hierro, con la intención de regalárselo al maestro Gerardo Diego. Después de leerlos y comentárselos a Hierro en la segunda visita que el joven poeta realiza al maestro, este le devuelve el cuaderno por culpa de un malentendido. El cuaderno acabará, con el tiempo,

desapareciendo de los manos de sus autores, algo que, estamos seguros, no hubiera ocurrido de haber quedado en poder de Gerardo Diego, que supo atesorar con una dedicación modélica tanto libros, como documentos, cartas o revistas durante toda su vida. Gracias a ese benemérito afán, se conservan en la sede santanderina de la Fundación Gerardo Diego esos impagables fondos que están a disposición de investigadores y especialistas en la época.

III

Cuando finaliza la Guerra Civil su regimiento está en Cabeza de Buey, pero pronto será trasladado a Pueblonuevo, ambas localidades en la provincia de Córdoba. Unos meses después su batallón es trasladado a Valencia y en cuartel seguirá viviendo hasta que se licencia en abril de 1942. En diciembre de 1939 comienza los estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos: «Estoy estudiando —le escribe a García Cantalapiedra— el profesorado de dibujo y acabaré el primero de julio, es intensivo, y luego, cuando me licencie (?), trataré de quedarme aquí por todos los medios y a costa de los sacrificios que sean, hasta acabar la carrera. Ya he comenzado a hacerlo y, no te rías, hace *nueve* meses que no ceno por estudiar. Y si es necesario *no cenaré hasta acabarla*».

La estancia en Valencia se dulcifica. Hidalgo hace nuevas amistades que propician una mejoría en su ánimo. Alquila un estudio con otros amigos en la calle Bonaire. Asiste a la tertulia del bar Galicia. Dos de sus mejores amigos de

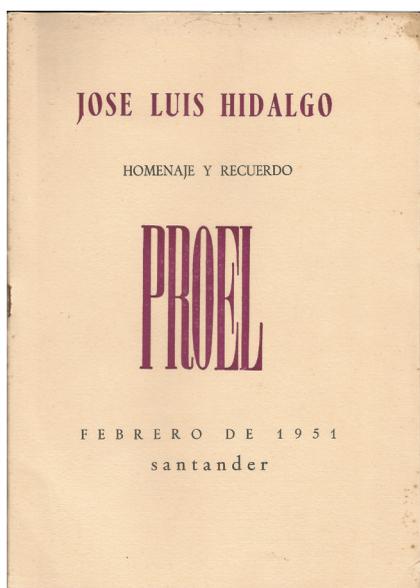
entonces, Jorge Campos y Ricardo Blasco fundan la revista *Corcel*, cuyo primer número apareció en noviembre de 1942. No fue hasta el segundo número cuando apareció la primera colaboración de Hidalgo en la revista. Se trataba del poema «Hay que bajar», incorporado posteriormente a *Raíz*. En números posteriores publicarán también amigos cántabros como José Hierro o Julio Maruri, estableciéndose así un estrecho vínculo entre ambos círculos poéticos — el valenciano y el cántabro—, que tuvieron a Hidalgo como bisagra intelectual, vínculo que se ha mantenido hasta nuestros días gracias a la estrecha relación de amistad que une a poetas actuales de ambas vertientes, como Lorenzo Oliván, Rafael Fombellida, Carlos Alcorta por parte cántabra y Carlos Marzal, Vicente Gallego y el tristemente desaparecido Antonio Cabrera por la parte levantina.

Inquieto y voluntarioso como era, a Hidalgo se le amontonan los proyectos. Planea exposiciones de su obra, va concluyendo su expediente académico con excelentes notas que le procuran, además, algunos ingresos económicos. Ilustra algunos libros por lo que percibe

también un dinero extra que complementa la ayuda económica que le presta su tío Casimiro Iglesias. Por ejemplo, «en 1943 hizo veintiséis dibujos en color — escribe Cantalapiedra — para un libro de cuentos infantiles de su novia, Jacinta Gil, titulado *Hazañas de Bartolillo*», aunque este libro en concreto, «resultó un desastre económico».

Sobre la forma de vida que Hidalgo llevaba en aquella época nos da una información de primera mano, su amigo José Hierro, a quien Hidalgo invitó a desplazarse a Valencia con la promesa de un trabajo que resultó no existir. Aprovechando una de sus innumerables estancias santanderinas, Cantalapiedra le hace una entrevista con el objeto de enriquecer la biografía que estaba escribiendo sobre el poeta, «Recuerdo

ahora — dice Hierro —, entre las cosas raras y difíciles que hacía para resolver el problema económico, unos tebeos que le encargaba no sé quién. Hizo varios y le pagaban 700 pesetas por cada uno [...]. Además de esto, todo lo que se presentaba y pudiera proporcionarle algún dinero: ilustraciones para libros que se publicaban o no se publicaban y que cobraba o no cobraba; acudía a concursos

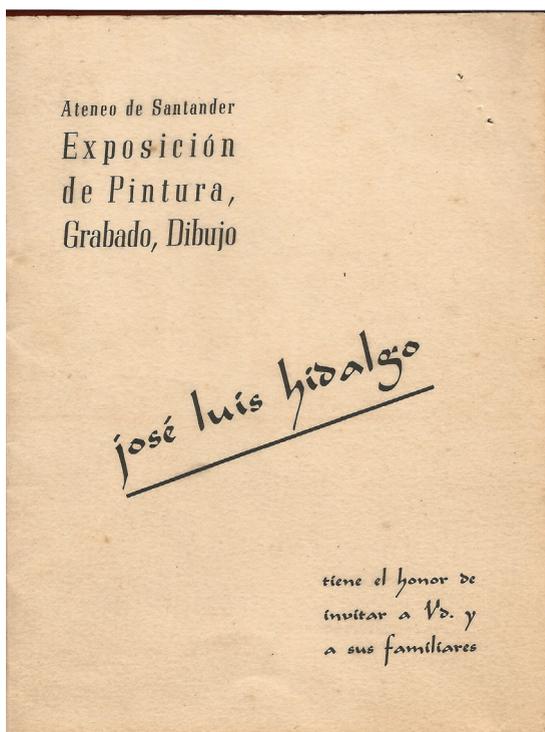


de poesía... Pero siempre con una incapacidad casi absoluta para comprender ciertas cuestiones prácticas».

En mayo de 1944 Hidalgo publica *Raíz*, libro que había obtenido una mención de honor en el premio de poesía Adonais de 1943 y que recoge una selección de los poemas que Hidalgo había escrito entre los años 1935 hasta 1943. El poeta no está muy satisfecho con el resultado. Se muestra muy crítico con su propio trabajo. En una carta a García Cantalapiedra de julio del 44, Hidalgo le transmite sus dudas: «He enviado *Raíz* a algunos críticos. Por sus manifestaciones creo que les ha gustado. A mí, sinceramente, no me gusta ya. Lo considero totalmente superado y creo que es ahora cuando comenzaré a hacer cosas». Este *hacer cosas* del que habla el poeta se concreta pocas líneas después, en la misma carta, cuando afirma que tiene «casi terminado un largo poema de 500 versos, que conocerás cuando vaya por ahí y que pienso editar el próximo invierno». Todo parece indicar que está hablando del libro *Los muertos*, del cual publicará un primer anticipo en la revista *Escorial* y, posteriormente, en la barcelonesa *Entregas de poesía*.

Proel, revista creada unos meses antes por un grupo de jóvenes poetas como Carlos Salomón, Enrique Sordo o Carlos Nieto entre otros, y patrocinada por el entonces gobernador civil de Santander, Joaquín Reguera Sevilla, quien a

su vez nombró director de la publicación a Pedro Gómez Cantolla, publica en el número doble 5-6 un poema de Hidalgo —en el mismo número colabora también Gerardo Diego— y una reseña de *Raíz* a cargo de Enrique Sordo. Además la viñeta de la cubierta era suya. Como se puede apreciar, la implicación de Hidalgo en el acontecer de la revista fue total desde que tuvo contacto directo con sus artífices. Sus colaboraciones se hicieron regulares a partir de entonces. «Desde ese momento —escribe García Cantalapiedra— se convierte en uno de los puntales de *Proel*. Colaborador literario, dibujante, asesor y confeccionador



de la revista, es además el encargado de relacionarse con el taller en que se imprimía, cuando se encontraba en Santander».

De esta época datan algunos de los retratos más conocidos que realizó José Luis Hidalgo. «Pinta por entonces también —escribe García Cantalapiedra— sus primeros paisajes a la acuarela en los alrededores de Santander, y algunos oleos». Toda frenética labor tiene un propósito muy concreto, la exposición que habría de realizar en el Ateneo de Santander, inaugurada el 25 de octubre.

Hidalgo se traslada a Valencia el 10 de noviembre con la esperanza de labrarse un futuro y de poder vivir sin el auxilio regular de su tío Casimiro. Sin embargo, las cosas no salen como él pretende. Sus proyectos de conseguir un trabajo estable se truncan. El poeta viaja a Madrid para realizar algunos encargos, como el retrato de su tío Amancio y de Raquel, una hija de este. Pinta además el retrato de Vicente Aleixandre, poeta al que admira desde que lo leyó en el Biblioteca Popular de Torrelavega. «Juntos —escribe García Cantalapiedra— habíamos leído *Ámbito*, en la primera edición de *Litoral*, y *Espadas como labios*. En la conferencia que pronunció en 1936 sobre la poesía española contemporánea, citó a Aleixandre como una de las figuras más representativas de la época».

La estancia madrileña transcurre entre las penurias económicas y la búsqueda de soluciones. Continúa pintando retratos de encargo con los que apenas consigue pagar mensualmente la pensión, sigue escribiendo poesía («Por suerte o

por desgracia, esto de la poesía ya no tiene remedio», escribe a Jacinta en una carta citada por Cantalapiedra en la biografía del poeta) que publica en distintas revistas, como *Pilar*, *Leonardo* o *La Estafeta*. Se ilusiona con un proyecto que hubiera podido cambiar el rumbo de las cosas y solucionarle el futuro durante algún tiempo: la realización de un mural de 21 metros para la Casa del Pescador del Poblado de Maliaño. Pero, lamentablemente, después de una agotadora espera que se alargó durante meses, el proyecto no se concretó, aunque Hidalgo llega a realizar algunos bocetos durante su estancia veraniega en Santander.

En esa época comienza también a colaborar en el diario *Alerta*, para el que escribe una serie de artículos y reseñas literarias (la primera edición de todos los artículos y reseñas que Hidalgo publicó en periódicos y revistas fue patrocinada por el Aula Poética José Luis Hidalgo, que la editó en la colección «Torre de la Vega» con un estudio introductorio a cargo de Rafael Fombellida y de Carlos Alcorta). Paralelamente prepara una exposición de su obra que tendrá lugar en el llamado saloncillo de *Alerta* en el mes de noviembre: «En total —informa García Cantalapiedra— fueron trece cuadros: nueve retratos y cuatro paisajes a la acuarela». Aquí también leyó para sus amigos algunos poemas de su libro, entonces en proceso de construcción, *Los muertos*. «A la vez que se entrega a las demás actividades que hemos visto—leemos en García Cantalapiedra— el poeta se mantiene fiel a sus

versos y concluye el libro *Los animales*, que entrega a *Proel* para su publicación» y está dedicado a Gerardo Diego. Será el segundo volumen de la colección que inauguró *Las aves y los niños*, de Julio Maruri. «José Luis —continúa explicando Cantalapiedra— marchó de Santander para Madrid y Valencia el 16 de diciembre de ese año 1945, antes de que *Los animales* saliera de imprenta, aun cuando dejó corregidas las pruebas. El libro quedó concluido muy a finales de año». Después de pasar unos días en Madrid, el 21 de diciembre se encamina definitivamente a Valencia.

IV

Los síntomas de una enfermedad a la que aún no se le ha puesto nombre comienzan a hacerse visibles, una enfermedad que se va recrudeciendo con el paso del tiempo y que le conducirá a la muerte en pocos meses. El 13 de abril de 1946 le escribe una carta a Aurelio García Cantalapiedra en la que le pide disculpas por el retraso con el que le contesta y le confirma lo que amigos y familiares temían, aunque el poeta se empeña en restar importancia a sus dolencias: «Te diré a ti el nombre de lo que tengo a condición de que no se lo digas a mi familia. Tengo tifus, afortunadamente en una forma benignísima, lo que hace que no sea nada peligroso, pero sí pesado y molesto». Fue esta la última carta que recibiría del amigo enfermo. Ante la gravedad de la enfermedad, no reconocida por el poeta, la familia lo traslada al Sanatorio de Chamartín de la Rosa de Madrid, en el cual los médicos

que le atendieron confirmaron la gravedad de la situación.

Los meses pasan con absoluta monotonía. La enfermedad no remite y la situación económica se va agravando. Casimiro Iglesias sufraga como puede los gastos ocasionados por la hospitalización. Mientras tanto, varios amigos tratan de agilizar la publicación de *Los muertos*. Aurelio García Cantalapiedra encabeza las gestiones para que lo edite *Proel*, pero la respuesta se dilata y la salud del poeta es extremadamente delicada. Al final, por motivos no solo económicos, la opción de *Proel* se desestima. «Al no hacerse cargo *Proel* —confirma Cantalapiedra— de este libro, el original pasó a José Luis Cano, quien lo publicaría en la colección Adonais. Las gestiones se precipitaron con la esperanza de conseguir que su autor pudiera llegar a ver el libro terminado, pero el esfuerzo fue inútil», pues el poeta murió la noche del 3 de febrero de 1947. Fue enterrado en el Cementerio Municipal de Chamartín de la Rosa el 5 del mismo mes. (Conviene anotar que fue el poeta Rafael Morales quien cedió el turno de publicación, posponiendo unos meses la edición de su libro *Los desterrados*).

En febrero de 1958, los restos del poeta fueron trasladados al cementerio de Torres, lugar en el que actualmente reposan. Así da cuenta del desenlace el galerista, poeta y editor Manuel Arce en sus memorias (recordemos que fundó *La isla de los ratones*, revista en cuyo primer número (1948) apareció un poema de Hidalgo que Cantalapiedra le hizo llegar expofeso): «La noticia de que el estado